



Homilía en la Santa Misa de acción de gracias por el Año Jubilar Monasterio de Santa Isabel (HH. Clarisas de Medinaceli) – 27 de julio de 2018

Saludo con afecto a los sacerdotes concelebrantes, a los cristianos de Medinaceli y a los venidos de otros lugares y, por supuesto, a las religiosas de esta Comunidad de Hermanas pobres de Santa Clara de Medinaceli, que hoy nos acogéis en vuestra casa con un motivo especial: celebrar en este Monasterio el Año Jubilar que el Santo Padre, a través de la Penitenciaría Apostólica, nos ha concedido para conmemorar el 75 aniversario de la Exposición permanente del Santísimo Sacramento; 75 años desde que la Santa Sede concediera el permiso a la entonces Abadesa de la Comunidad de Soria, hoy Venerable, Madre Clara Sánchez de la Concepción. Aquí, tal como hemos escuchado en la carta de Madre Clara dirigida a esta comunidad, la Exposición diaria del Santísimo comenzó a partir de 1955.

Este Año Jubilar concedido a las HH. Clarisas ha sido un tiempo de gracia para toda la Diócesis a lo largo de estos meses pasados, cuando ya nos encontramos muy cerca de la fecha de la clausura del Año Jubilar el próximo 11 de agosto en el Monasterio de Santo Domingo de Soria por el Cardenal de Barcelona, D. Juan José Omella Omella. Ha pasado un año en el que todos los arciprestazgos de nuestra querida Diócesis han peregrinado al Monasterio de Clarisas de Soria. También los catequistas, grupos de Cáritas, sacerdotes el día de San Juan de Ávila y un largo etcétera de grupos que han acudido a ganar las indulgencias que, en definitiva, son una consecuencia concreta de la Comunión de los santos. Subrayo el acontecimiento que tuvo lugar el 27 de mayo en la S. I. Concatedral de San Pedro de Soria: el concierto del Sufrimiento de los Inocentes en el que participaron más de 5.000 personas. Y hoy aquí, en Medinaceli, con esta comunidad de HH. Clarisas que, como dice la Instrucción sobre la vida contemplativa femenina *Cor orans*, sois “*corazón orante, guardián de gratuidad, riqueza de fecundidad apostólica y de una misteriosa y multiforme santidad*”.

En la homilía de apertura del Año Jubilar invitaba a los fieles allí presentes y ahora os invito a vosotros a fijarnos en dos signos:

El primero la apertura de la *Puerta Santa* que se hace al inicio de todo Año Jubilar. ¿Qué es abrir la Puerta Santa? Es entrar por el camino que lleva a la salvación. Es entrar en la acogida de Dios, sobre todo en el Dios de la misericordia. Vivimos, frecuentemente, de espaldas a Dios. Estamos necesitados de conversión. La celebración del sacramento de la penitencia, que nos reconcilia con Dios y con la Iglesia, abre de par en par las puertas de nuestro corazón al perdón y a la misericordia de Dios Padre que todo lo perdona. San Ambrosio nos habla de las dos conversiones que existen en la Iglesia: la causada por el agua del bautismo y la producida por las lágrimas de la penitencia (Cfr. *Epistula extra collectionem* 1 [41] 12).

El sentido del Jubileo es una llamada a la conversión; conversión a Jesucristo que es la puerta de las ovejas. Cristo es la puerta de la salvación de la humanidad porque ha ofrecido su vida por el mundo para que el mundo tenga vida y la tenga en abundancia (cfr. Jn 10, 10).

El segundo signo es el *logotipo* del Año Jubilar que contiene los siguientes elementos: la custodia que guarda la Eucaristía, un río que brota de la custodia, el convento de Santo Domingo y todo rodeado por el cordón franciscano. En la base unas letras como lema de este Año Jubilar, palabras que nos proporciona la Venerable Madre Clara en respuesta a otra expresión de San Francisco: “*Aquí el Amor es amado*”.

Es una auténtica locura pensar que en un trocito de Pan está el mismo Jesucristo. Pero así es, queridos hermanos. Está presente verdadera, real y sustancialmente. De la Eucaristía brota la Vida eterna. Por la comunión del Cuerpo de Cristo nuestra vida se va divinizando, se hace grande, se hace eterna. No dejemos de asistir a la Eucaristía del domingo porque, como dice el Papa Francisco, “*la participación en la mesa eucarística nos conforma en modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregustar ahora ya la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celeste, donde, con todos los santos, tendremos la gloria de contemplar a Dios cara a cara*” (Catequesis, 5.2.2014).

Por otra parte, en la liturgia de la Misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino. Por ello, “*la Iglesia católica ha dado y continua dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la Misa sino también fuera de su celebración*” (MF 56). En la contemplación, los cristianos percibimos con mayor profundidad que el Misterio Pascual está en el centro de toda la vida cristiana. Este camino nos lleva a unirnos más intensamente al Misterio Pascual y a hacer del Sacrificio Eucarístico, don perfecto, el centro de la vida, según nuestra vocación específica, en cuanto que confiere al pueblo cristiano una dignidad incomparable (cfr. MF 67). Así lo entendió Madre Clara y lo vivió como parte central de su vida espiritual: la adoración de Jesús en la Eucaristía.

Que sean una realidad las hermosas palabras que Madre Clara dirigió a la Madre Abadesa y a las Hermanas de esta Comunidad a propósito de la comienzo de la Exposición diaria perpetua de Jesús Eucaristía aquí: “*Que Medinaceli, tan elevado geográficamente, lo sea también espiritual, eucarísticamente y, tanto lo sea, que su elevación se haga visible en el mundo entero y contribuya a la elevación de todo el mundo*”. Amén.

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**